

TARIFAS DE SUSCRIPCIONES (IVA incluido)				
Regiones:	III a X		I, II, XI y XII (Aéreo)	
Valor:	Normal	Socio	Normal	Socio
ANUAL	\$ 33.800	\$ 32.100	\$ 47.300	\$ 44.900
SEMESTRAL	\$ 19.000	\$ 18.100	\$ 26.000	\$ 24.700
TRIMESTRAL	\$ 10.200	\$ 9.700	\$ 13.800	\$ 13.100

Reposición de Suscripciones: 2421111-2421112-2421113-2421114
 Ventas de Suscripciones: 2287048, Anexos 444-446
 Club de Suscriptores: 2287048, Anexo 475

EL MERCURIO

Santiago de Chile, Sábado 31 de Diciembre de 1988

DIRECTOR: Agustín Edwards Eastman
 Domicilio: Av. Santa María 5542

REPRESENTANTE LEGAL: Jonny Kulka Fraenkel
 Domicilio: Av. Santa María 5542

PROPIETARIO: Empresa "El Mercurio" S.A.P.

Artes Visuales del Año

Por Waldemar Sommer

Al pretender resumir, en una reflexión de fin de año, lo que 1988 significó para nuestras artes visuales, se constata primero un afianzamiento global de ellas. Así, aunque no hubo mayores novedades en cuanto a orientaciones expresivas o a osadías experimentales, se ofrecieron numerosas exposiciones con un nivel de calidad más que satisfactorio. Tampoco faltaron algunos nombres nuevos de auténtico interés. Pero entre esas muestras más atrayentes, comencemos con cinco retrospectivas pictóricas: los 50 años de creación sólida de Nemesio Antúnez, Premio del Círculo de Críticos; Sergio Montecinos; los diez años más recientes de un José Ignacio León en crecimiento constante, muy presentados en el Instituto Cultural de Las Condes; el medio siglo de Mario Carreño, cuadros magníficos de la década del 40; Gracia Barrios, entre 1965 y 1988, con su claroscuro sombrío y fortaleza lineal.

Dentro del ámbito integrador de las instalaciones destacaron Bernardita Vattier —por su atmósfera personal y densa— y el planteamiento peculiar de Angela Riesco. La construcción ambiciosa de Rodrigo Pascal pareció todavía inmadura. Interesante fue, entretanto, la apropiación del muro emprendida por las serigrafías de Verónica Barraza. La única acción de arte del año hecha pública correspondió al grupo Luger de Luxe.

En el campo puramente gráfico se lucieron los dibujos de Jorge Gaete, la imaginaria inagotable de Matta, las aguatinas bellas de Julio Escámez, los arranques lineales de Luis Mandiola, la fantasía de Tatiana Alamos, los collages orientalistas de Ernesto Muñoz. A ellos habría que agregar el profesionalismo de Anselmo Osorio y de Marilyn Bronfman, a Max Palma y Carlos Donaire. El Salón de Gráfica Universidad Católica impuso el talento cada vez más decantado de Ernesto Banderas. Otro certamen dedicado a esta disciplina, y organizado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, demostró nuestras aptitudes en la materia; lo encabezaron Enrique Zamudio, Humberto Nilo y Patricia Figueroa.

Como fotógrafo y grabador, Vicente Rioseco ofreció, respectivamente, dos buenas exhibiciones. En pura fotografía revelaron un nivel al alcance de muy pocos colegas en nuestro medio, Paz Errázuriz —tanguerías— y Felipe Landea —el Unicornio—. En dos y tres dimensiones entregaron obras Archibaldo Rozas —collages y objetos—, Emilio Miguel —realizaciones de los años 80— e Iván Daiber. En el concurso fotográfico de la Universidad Católica, sobre nuestra historia de los 20 años más recientes, no se olvidan los nombres de E. Zamudio, Alvaro Hope, V. Rioseco y M. Haechenleitner. Por su parte, con fotógrafos celebró su medio siglo el Instituto Chileno Británico: Kleiner, Landea, Swinburn, Meza-Lopehandía.

Ya dentro del costoso terreno de la escultura, tuvimos escasos, aunque excelentes testimonios: la belleza de las piezas últimas de Raúl Valdivieso, las visiones críticas de Mario Yrarrázaval, el desparpajo potente de Francisca Núñez. Asimismo, paseos públicos capitalinos se ornaron con ejecuciones de Osvaldo Peña y Francisco Gazitúa, además de incrementarse el Parque de Esculturas. Al finalizar el año, pudo apreciarse un conjunto numeroso de volúmenes en la Plaza Gil de Castro, con la participación, ante todo, de Garafulic, Peña, Del Canto, Assler, Nagel y Undurraga.

Con el paso del tiempo actual la pintura nacional ha ido ganando terreno. 1988 nos dejó ciertas contribuciones muy positivas y más o menos inesperadas: Sergio Lay y sus cósmicas historias junto al océano; el realismo marino de Inés Harnecker; Gustavo Poblete —uno de nuestros más auténticos abstracto-geométricos—, Pablo Domínguez —ahora más allá de ser una flamante promesa—, la recuperación favorable de Pinto d'Aguiar; la ingenuidad maliciosa de Alberto Jerez, hijo. Más previsibles resultaron las aportaciones tan atractivas de Samy Benmayor —su épica Odisea—, Eugenio Téllez, Mireya Larenas, José Domingo Dávila y sus motivaciones tenebrosas; María Mohor —imperturbablemente grande hasta 1980—, Ulrich Wells; la sensualidad marina de Concepción Balmes; Livio Scamperle; el octogenario y siempre pintor Pablo Vidor. Completamos la lista con Paula Hernández, Pablo Chiuminato y los noveles Isabel Klotz, Keka Ruiz-Tagle, Alejandro González, Alejandra Domínguez, Carlos Aceituno, J. L. Aravena, M. Eugenia Terrazas y Bernardita Serrano. En estas muestras individuales primerizas y en varias de autores más experimentados abundaron vertientes de los expresionismos en boga. Tres concursos también proporcionaron otros artistas recordables. Así, los de la U. Católica de Santiago —Benmayor, N. Antúnez, Bororo, Barrios, B. Rojo—, y Valparaíso —J. Gaete, Alvaro Oyarzún, Mario Ibarra y Sebastián Garretón—. El organizado para pintar Valdivia enseñó puntos altos con Patricia Vargas y Luis Rojas.

De las exposiciones colectivas debemos decir que si no se justifican alrededor de una causal sólida, coherente, terminan por aburrir al espectador con su superficialidad heterogénea, con sus productos de compromiso o mostrados a menudo. Sin embargo, algunas de 1988 tuvieron su razón de ser: la que sirvió para dar a conocer donaciones últimas y

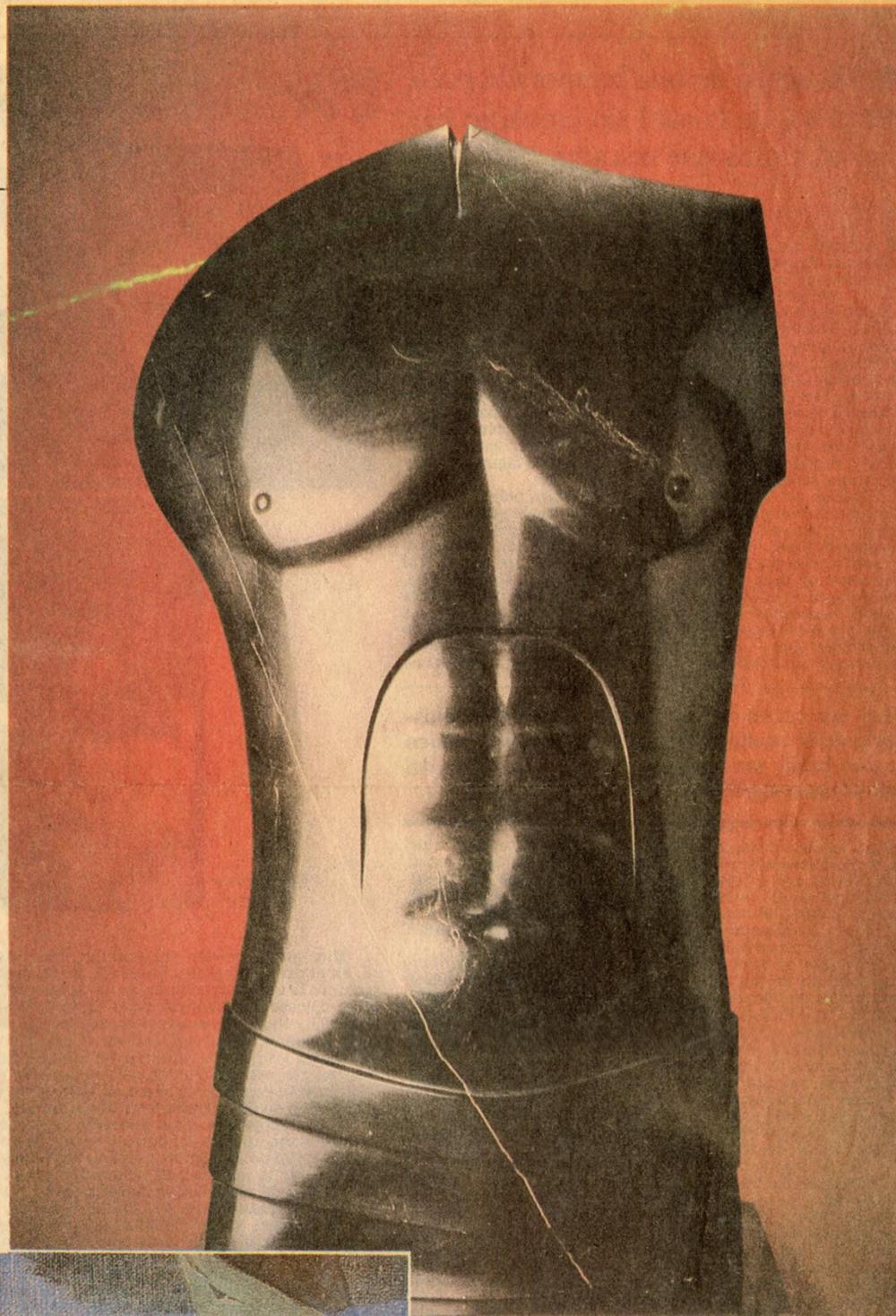
para la reapertura del Museo Nacional de Bellas Artes —allí pudo verse desde Rugendas hasta Elena Ruiz-Tagle, pasando por Trepte y Petit—, la que reunió Premios Nacionales en un local tan hermoso como la ex Estación Mapocho —la que hizo interpretar cuadros famosos—, si bien con logros dispares, entregó a C. Balmes, Benito Rojo, G. Barrios, Odette Sansot y U. Wells. También se justificaba el confrontar generaciones opuestas, en el Taller 619 —Villaseñor, Marta León, los jóvenes neoexpresionistas—; o vigorizar, por acumulación, a nuestros cultores más fieles del realismo —Bravo, Vargas Saavedra, Baldwin, en primer lugar—; o dar a conocer autores todavía en formación —cuatro pintores en CAL, los alumnos de Arcis—; o que celebridades chilenas presentaran a desconocidos —las interesantes duplas Rodolfo Opazo y Jorge González, Bororo y Walter Rivera—.

Si el homenaje a Juan Egenau no fue demasiado brillante —salvo Gonzalo Cienfuegos—, el efectuado en memoria del recién fallecido Víctor Hugo Codocedo debió ser mejor una retrospectiva de su propia obra. De otras muestras colectivas vale rescatar buenos trabajos de Jaime León, Patri-

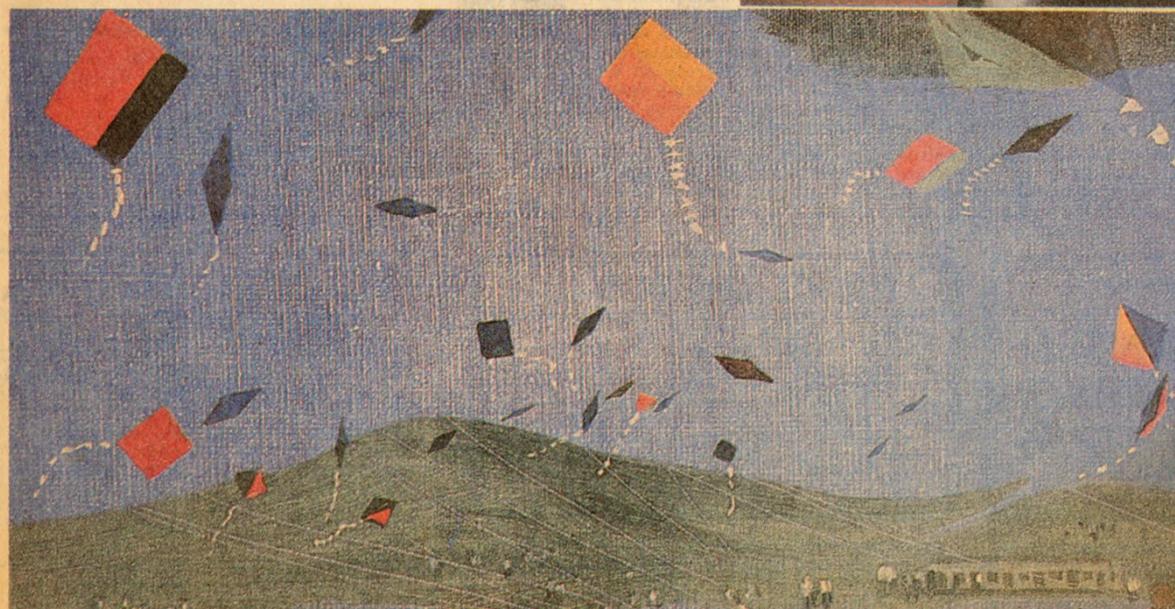
De las exposiciones colectivas debemos decir que si no se justifican alrededor de una causal sólida, coherente, terminan por aburrir al espectador con su superficialidad heterogénea, con sus productos de compromiso o mostrados a menudo.

cia Figueroa, Patricia Israel, Adolfo Couve y J. de St. Aubin. En cuanto al panorama de las exposiciones venidas del extranjero hay que comenzar por destacar tres citas importantes. Dos correspondieron a videoarte. Una es de la República Federal de Alemania —con el notabilísimo Klaus von Bruch—. La otra, el VIII Festival Franco-Chileno —por Francia, ante todo, Hervé Nisic; asimismo Robert Cahen; por Chile, principalmente, Pablo Lavín—. Y francesa fue la conceptual instalación de Jean Lancri. La tercera visita notable se concretó en el pintor británico Howard Hodgkin y sus grabados estupendos —Premio del Círculo de Críticos—. No obstante, tenemos que sumar a los anteriores los quilates sólidos de Gráfica alemana de los años 60 —encabezada por Wolf Vostell—, el grupo de pintores ingenuos germanos y a dos grabadores excelentes de ese mismo país: Hasso Bruse y Roland Bentz.

Si Estados Unidos estuvo representado por los dibujos de Linda McCreight, España se dejó oír con litografías de Luis Gordillo y con 33 pintores jóvenes —Lamazares, Gadea, Lamas y otros—. Sudamérica contó con los argentinos Felipe Noé —precursor del neoexpresionismo—, Silvina Benguria y José Szlam; en tanto que Perú nos mandó su atrayente platería —buenas piezas mestizas del siglo XVIII— y la contemporánea Julia Navarrete. El genio inventor de Leonardo da Vinci, por último, pudo apreciarse en Chile.



Raúl Valdivieso.
 "Torso Hombre I", 1986, mármol negro, 70x38 cms.



Nemesio Antúnez.
 "Volantines en Loma Curro", Roma, 1983, 89x89 cms.

Fundación
 NEMESIO
 ANTÚNEZ